



## GENERACIONES UNIVERSITARIAS GITANAS

*Ricardo Borrull*

Estaba en segundo de Magisterio cuando en la asignatura de Pedagogía, la profesora, después de hablarnos de las grandes corrientes pedagógicas y sus experiencias más innovadoras, nos informaba de otras experiencias interesantes: colegios especializados en alumnado con dificultades de audición, centros de educación especial, alguna experiencia en la etapa infantil bajo los métodos pedagógicos de Freinet, y nos habló también de escuelas específicas con alumnado gitano. Cuando oí aquello, me quedé perplejo, asombrado, ¿cómo que había escuelas exclusivas para gitanos? Cuando terminó la clase, fui a hablar con ella para preguntarle si realmente existían esas escuelas porque en mi opinión me parecía vergonzoso. Me dijo que sí, que existían, e incluso me dio una dirección: la del Secretariado Gitano.

Yo sabía que había gitanos que tenían “influencias” y que si algún gitano tenía algún problema con los papeles, ellos al menos, intentaban ayudarlo. Generalmente los temas eran los relacionados con el servicio militar, creo que por allí pasaban casi todas las familias que tenían hijos en edad de ir al servicio militar. El Tío Mendaña (q.e.p.d.) podía librarlos de la mili, de todos es sabido la gran aversión que tenemos casi todos los gitanos para formar parte de la estructura militar y sobre todo a que algún miembro de la familia tenga que abandonar la casa durante los 18 meses que entonces debía cumplir.

Hasta ahí era lo que yo sabía, pero no me imaginaba que también se ocuparan de escue-

las para los niños gitanos. Tuve que visitarlas y darme cuenta de aquella realidad. Eran escuelas unitarias alojadas en locales parroquiales y atendidas en su mayor parte por religiosos y religiosas. Atendían a familias gitanas que vivían en la más absoluta pobreza. Los niños y las niñas no iban a las escuelas de sus barrios, tampoco los colegios de sus zonas hacían nada por acogerlos, más bien al contrario. Con este desconcierto comencé a dar mis primeros pasos en el movimiento asociativo gitano. Eran finales de los setenta.

Fue un descubrimiento para mí, no sabía que había familias gitanas que vivían en esas circunstancias, no es que en mi casa sobrasen los dineros, nada de eso, mi padre era chofer y vivíamos en una vivienda social, pero las familias que yo conocía eran vendedoras de lote y se vivía con cierta dignidad.

Al entrar en el movimiento asociativo gitano conocí a una serie de personajes que me influyeron notablemente. Como todo, unos a favor y otros en contra. Quiero pasar a relatar mi encuentro con cada uno de ellos para recordar el momento histórico, al menos para mí, que entonces vivíamos, y cómo estas personas pudieron influir en las siguientes generaciones de gitanas y gitanos que llegamos a la universidad.

Sobre el año 1978 o 1979 se había firmado un convenio entre el Secretariado Gitano y el Ministerio de Educación para la creación de “Escuelas Puente”. Aquellas unidades dispersas que teníamos en Valencia decidimos concen-

trarnos en un Centro cuyos locales cedía el Arzobispado. No recuerdo bien en detalle, pero no podíamos ponerlo en marcha, teniendo maestros, maestras, locales y sobre todo un proyecto educativo. No podíamos tirar adelante.

Decidimos ir a hablar con Juan de Dios Ramírez Heredia, diputado por UCD en las primeras Cortes democráticas.

Para mí fue toda una experiencia. El viaje (nunca había estado en Madrid), el tren (expreso en litera), algo realmente emocionante. Fuimos directamente al Congreso de los Diputados, que era donde habíamos quedado con Juan de Dios y al poco se reunió con nosotros. Era un gitano distinto a los que yo conocía, muy alto, impecablemente vestido, y que además hablaba sin “deje”. Nos recibió con una sonrisa y al mismo tiempo preocupado por nuestra situación y la de 200 niños y niñas que estaban a la espera de que se abriera el centro escolar.

Una vez que le comentamos con detalle los pasos que habíamos dado, rápidamente se hizo cargo del asunto, en la misma cafetería del Congreso escribió una carta personal al Ministro de Educación en la que decía que había que atender esta demanda porque de lo contrario se organizaría una manifestación de gitanos y payos y que él personalmente encabezaría dicha manifestación. Esos eran los términos de la carta. En muy poco tiempo la *escuela puente* “Promoción niños gitanos” ubicada en San Antonio de Benagéber (Valencia) se puso en marcha.

Aquello me marcó, yo quería seguir los pasos de aquel gitano, que se preocupaba, que conocía, que defendía a los gitanos españoles y que nunca olvidaba a aquellos que vivían en las chabolas. Antes de ser diputado había recorrido toda España hablando con los gitanos, peleando con los ayuntamientos, teniendo muy clara su lucha y sin apenas recursos. El

Tío Vicente de Valladolid me decía que cuando lo visitó se alojó en su casa y que Juan de Dios compraba los cigarrillos sueltos porque no le llegaba para una cajetilla entera.

Hubo poco tiempo después un simposio en Madrid al que acudimos gitanos de toda España, allí había distintas organizaciones: gitanas, pro gitanas, mixtas, confesionales... En aquel simposio destacó otro gitano del que había leído algún poema, Pepe Heredia Maya, dio una ponencia magnífica aunque sólo saboreada por unos pocos. Cuando todavía no se habían acuñado los términos de Educación Compensatoria y de Educación Intercultural, él ya hablaba de que la escuela busca un modelo de individuo que responda a las expectativas de futuro de la sociedad que se quiere construir. Analizó ese modelo y demostraba que estaba muy alejado del modelo de individuo que forjábamos en las familias gitanas y que, por otra parte, no teníamos ninguna cabida en dicha estructura. Hablaba de que se debían tender puentes para que todos pudieran crecer sin tener que renunciar a su propia identidad o a tener que ocultarla. Confieso que he leído aquella ponencia en muchísimas ocasiones. Aquel texto, junto a su participación en las terceras jornadas de Enseñantes con Gitanos, sus exitosas obras de teatro “Camelamos Naquerar” y “Macama Jonda”, sus libros de poesía, su participación en muchos eventos a favor de la promoción del pueblo gitano y la denuncia constante y permanente de la injusta situación de muchas familias, ha hecho que Pepe Heredia Maya sea un gran referente para los gitanos y gitanas más jóvenes.

Otro momento lo viví con Pedro Peña, un gran gitano de una familia de mucho arraigo en el flamenco y que dio una magnífica conferencia en un curso que organizó el Secretariado Gitano sobre el año 1980.

Su conferencia, que hablaba del “joven gitano”, daba datos y orientaciones muy claras al profesorado de cómo tratar a estos jóvenes y sobre todo hacía hincapié en la diferencia de madurez entre un joven gitano y otro payo de la misma edad. Más tarde con toda su trayectoria profesional y sus muy buenas ideas siguió demostrando su gran valor y el compromiso que arrastraba.

A Adelina, de Huesca –la que creo es la primera mujer maestra gitana de la historia– la conocí en una reunión del Secretariado. Vi a una mujer preparada, muy preocupada por los gitanos, defendiendo sus argumentos con mucha educación y a la vez con mucha contundencia, incluso corrigiendo a aquellos payos que estaban a nuestro lado pero que en algún momento podían tomar unas posiciones que no concordaban con la voluntad y el pensamiento gitano.

Si positivos fueron mis encuentros con estos gitanos, también hubo otro que marcó aquello de lo que uno se aleja. También era sobre principios de los ochenta; en Valencia había un gitano abogado, para más dolor, según mi abuela, era pariente mío. En aquel momento se procedía a los primeros planes de erradicación del chabolismo y había muchas familias a las que les faltaban papeles y muchos de sus niños no estaban inscritos en el registro civil, por lo que no podían optar a esas viviendas pese a ser el sector a quienes se dirigían dichos planes. Decidimos por tanto ir a hablar con él porque como abogado nos podía echar una mano para regularizar esas situaciones. Este señor era asesor jurídico del Banco Coca (hoy ya absorbido) y nos recibió en su lujoso despacho en el que podían alojarse un par de familias, su trato al principio fue amable hasta que le dijimos que como gitano nos podía ayudar en esta situación. La reacción fue absolutamente inesperada, de pronto, montó en cólera

y nos dijo que él no era gitano, que quién había mencionado tal cosa. Nos quedamos asombrados, ¿Cómo un hombre mayor podía decir y renunciar a los suyos de aquella manera?, le contesté que no hacía falta que lo jurara, que había perdido el honor de llamarse de tal manera, pero que supiera que era hijo y nieto de los “sardinas” y que para nada necesitábamos su colaboración, es más, casi en vez de ayudarnos lo que iba a hacer era perjudicarnos. La explicación de este personaje fue que por sus manos pasaban multitud de informes económicos y que, si se conociera su condición de gitano, su empresa desconfiaría de él. Nos levantamos y nos fuimos muy dignos, no se cómo se quedaría él, nunca jamás nos hemos vuelto a ver.

Aquéllos, junto a Valentín Suárez al que conocí posteriormente, eran los referentes de la primera generación de gitanos que habían estudiado. Unos muy comprometidos, valientes, orgullosos, mirando por su gente, casi sin vida particular porque eran llamados de todos los sitios, de todas las asociaciones, para que sus problemas tuvieran el respaldo de los más preparados. Otro, el que se avergonzaba de ser gitano después de haber estudiado y buscado su hueco en la sociedad. Eran desde luego casos singulares.

Las preguntas que entonces se hacía cualquier gitano eran: “si mi hijo estudia”, ¿se avergonzará de los suyos?, ¿habrá algún gitano o gitana que se case con él?, ¿con quién se va a relacionar?, ¿tomará las costumbres de los payos y se olvidará de sus obligaciones con los suyos? Ésas eran las cuestiones que se planteaban y lo hacían solamente aquellas familias que podían estar en disposición de que sus hijos estudiaran, aquellas que no tenían una economía de subsistencia, que tenían más o menos regularizados sus ingresos, aquellas que no tenían problemas de convivencia, que

vivían ya mucho tiempo de una manera sedentaria. No se han resuelto todavía esas cuestiones para un gran número de familias, pero sí han dado ese paso otras muchas.

Al principio éramos tan pocos que nos conocíamos todos. Todos los gitanos y gitanas que estudiaron después sabían quiénes eran Juan de Dios, Pepe Heredia, Pedro Peña o Adelina Jiménez. En la siguiente generación, también éramos muy pocos, Javier Pisa, Antonio Carmona, Isabel Jiménez, Avelina Pisa, Juan Manuel Montoya y yo mismo, aunque había otros de los que no sabíamos nada: Antonio Junquera, Diego Luis, otro gitano que conocí, primo de Antonio Carmona y que había sido alcalde de su pueblo, seguro que me dejó algo o alguna... pero no éramos muchos más.

Estos últimos hemos sido la generación intermedia y nuestra situación fue muy parecida a la anterior generación. Con la diferencia que, excepto Juan Manuel, ninguno hemos destacado como aquella primera generación. Todos procedíamos de familias sencillas, humildes, pero asentadas en nuestro pueblo desde hacía mucho tiempo, y a todos, salvo en un caso, nuestras familias nos apoyaban. Las situaciones eran iguales o muy parecidas a los anteriores, es decir, *raros*, tanto entre gitanos como entre payos. Todos y todas, desde su campo laboral, habíamos optado por nuestra dedicación a nuestro pueblo, pese a no ser comprendidos por una parte importante, pese a que se nos miraba con lupa nuestras acciones, pese a que todo el mundo se creía con el derecho a interrogarnos acerca de nuestra vida particular y pese a las dudas que nos planteaban de si éramos todavía gitanos, (de eso ya hablé en otro artículo así que no voy a incidir más en él).<sup>1</sup>

¿Hemos sido referentes para algún gitano o para alguna gitana?, no lo sé, de lo que estoy

seguro es de que al menos hemos ido aumentando el número de gitanos y gitanas que accedíamos a estudios universitarios. Todos y todas hemos respondido con mucha ética a lo largo de nuestra trayectoria, sabíamos cada uno de nosotros que si alguno cometía alguna indignidad, el mal que íbamos a hacer iba a ser irreparable, al menos en la sociedad paya. Casi ninguno hemos querido encabezar movimientos organizativos, queríamos estar en segundo plano porque entre otras cosas no éramos representativos de nuestra gente, y creíamos (lo digo en plural y no sé si esto será compartido por los otros/as gitanos/as de mi generación) que seríamos de más apoyo ayudando a otros gitanos y gitanas con unas ideas más próximas a aquellas familias más tradicionales y con más posibilidades de encabezar una asociación gitana.

Los miedos, las dudas, las crisis, todos y todas hemos vivido esos momentos. La soledad tan mencionada entre los jóvenes estudiantes, la poca experiencia que había sobre mujeres y hombres gitanos que habían estudiado ha hecho que durante mucho tiempo nos viéramos en la obligación de pensar qué es lo que queríamos para nuestro pueblo. Han sido discursos medio elaborados unas veces, contradictorios otras, despistados la mayoría, no nos es fácil ser punta de lanza de la situación histórica que nos ha tocado vivir. Hoy, pasado el tiempo, algo más maduros seguimos sin saber profetizar el futuro de nuestra gente, pero alguna conclusión que otra hemos sacado, superando fases, quemando etapas y en la mayoría de casos llegando a conclusiones ya vaticinadas por personas, amigos y amigas no gitanas y que con una mayor visión de futuro nos auguraban.

<sup>1</sup> Una generación de solitarios. Actas del I Congreso Europeo de la Juventud Gitana. Universidad de Barcelona, noviembre, 1997. Edita Unión Romani. Barcelona, 1998. Pág. 149-151.

El proceso sigue, ahí están José Manuel y Trini, (tan juntos que parece que uno no se puede referir a uno sin mencionar al otro), Nico, Carmen, Rafaelito, Talin, Óscar, Amara, Loli, Conchi, Carla, Joan, Domingo, Bastián tantos y tantas gitanos preparados, con estudios, gitanos y gitanas hasta la médula que han sufrido el mismo proceso que la primera y segunda generación pero que han hecho que la proporción de universitarios crezca en progresión geométrica, con su trabajo, con su testimonio de vida siguen abriendo brecha.

Hoy cuando el número se hace tan grande que ya no se puede mencionar sus nombres porque ya no los conoces, es un síntoma de

“normalidad”. Repito lo que he dicho tantas veces, hoy existen tantas familias que han dado este paso, que los casos ya no son excepcionales. Sé, por lo que he hablado con alguno de ellos, que sigue persistiendo la sensación de bichos raros, de soledad, de incompreensión, de caminar en un terreno de nadie, pero con la decisión y la voluntad de hierro y mirando a otras personas que antes pasaron por el mismo lugar. Mi mejor deseo es que ninguno ni ninguna se desanime y llegue hasta donde se proponga.



Ricardo Borrull

Maestro

Miembro de la Asociación de Enseñantes con Gitanos